Dios, como lleva un hombre a su hijo, por todo el camino que habéis recorrido hasta llegar a este lugar Deut 1, 31). También dice Dios en Isaías: *Mamarás a los pechos de los reyes,* recibirás un alimento delicioso y divino, *y sabrás,* mediante una dulce experiencia, con qué solicitud *Yo, el Señor, soy tu Salvador* (Is 60, 16) ¡Oh! ¡dichosa situación para un alma!

En la persona de Noé se encuentra una imagen sensible de la felicidad que gusta el que se abandona completamente a Dios. Noé estaba en reposo y en paz en el arca con los leones; los tigres, los osos porque Dios le conducía mientras que las espantosas lluvias caían del cielo y en medio del trastorno general de los elementos y de toda la naturaleza. Por el contrario, los demás estaban en la más extraña confusión de cuerpo y de espíritu, perdían sus bienes, sus mujeres, sus hijos y hasta ellos mismos se perdían, tragados despiadadamente por las olas. Del mismo modo el alma que se abandona a la Providencia, que le deja el timón de su barca, boga con tranquilidad en el océano de esta vida, en medio de las tempestades del cielo y de la tierra, mientras que los que quieren gobernarse ellos mismos el Sabio los llama *almas en tinieblas, excluidas de tu eterna Providencia* (Sap 17, 1-2), están en continua agitación y, no teniendo por piloto más que su voluntad inconstante y ciega, acaban en un funesto naufragio después de haber sido el juguete de los vientos y de la tempestad.

Abandonémonos cmpletamente a la divina Providencia, dejémosle todo el poder de disponer de nosotros; comportémonos como sus verdaderos hijos, sigámosla con verdadero amor como a nuestra madre; confiémonos a ella en todas nuestras necesidades, esperemos sin inquietud que aporte los remedios de su caridad. En fin, dejémosla obrar y ella nos proveerá de todo en el tiempo, en el lugar y del modo más conveniente; ella nos conducirá por caminos admirables al reposo del espíritu y a la dicha a que estamos llamados a gozar incluso desde esta vida, como un anticipo de la eterna felicidad que nos ha sido prometida.

JESUS VIVE EN NOSOTROS Y PARA NOSOTROS

Como Jesús había amado a los suyos, que estaba en el mundo, los amó hasta el fin. (Joann. 13).

INTRODUCCION

Entre los argumentos de los que los heréticos se han servido para combatir a la Eucaristía, no encuentro ninguno menos plausible que aquellos que atacan el cambio de las sustancias, la multiplicación y la reducción del cuerpo del Salvador. Si, a propósito de este misterio, mi fe pudiera ser conmovida, no sería el poder infinito que Dios hace ver en él, lo que la haría vacilar; sería más bien el amor extremo que en él nos testimonia. ¿Cómo lo que es pan se hace carne, sin dejar de parecer pan? ¿Cómo el cuerpo de un hombre se encuentra al mismo tiempo en varios lugares? ¿Cómo puede estar encerrado en un lugar casi indivisible? A todo esto doy una respuesta irrefutable: Dios, que todo lo que Dios ame a una criatura tan débil como el hombre, tan imperfecta, tan poco digna de su amor, y que sin embargo su amor por esta débil criatura llegue hasta una especie de pasión, de transporte, de afán, tal como jamás se ha visto entre los hombres, reconozco que no tengo respuesta, y que no comprendo tampoco esta misma verdad. ¿Diré que este amor es un efecto de la bondad infinita del Señor? Pero la bondad y el amor no tienen ninguna relación esencial, y sus objetos son completamente diferentes. Se puede ser bueno, y no amar; y, sin ser bueno, se puede amar. Las debilida-

des, las miserias, los pecados mismos pueden ser objeto de la bondad. Que soporta a los débiles, alivia a los desgraciados, perdona a los pecadores; pero el amor no se adhiere más que al bien, es decir a lo que parece excelente y perfecto. Por esta razón deseamos que todos los hombres hallen en nosotros bondad, y que por lo que respecta al amor nos reservamos la elección de aquellos a quienes queremos darlo.

Sin embargo, dando por supuesto lo que la fe nos enseña del Sacramento de la Eucaristía, debemos concebir que si los otros misterios nos enseñan que el Señor tiene bondad hacia nosotros, éste no nos permite dudar que nos ama. *Sacramentum altaris est amor amorum,* dice san Bernardo. El Sacramento del Altar es el amor de los amores, es decir el efecto del más grande de todos los amores. ¡Quisiera Dios que yo pudiera daros la inteligencia de esta proposición tan fácilmente como me será fácil probarla! Pero lo que no podéis esperar de mí, debéis esperarlo del Espíritu santo, y pedirlo por la intercesión de su esposa, la Virgen María.

Todos los que han comparado la amistad con el amor han encontrado mil diferencias entre estos dos sentimientos. Pero me parece que no hay más que una, o que todas ellas pueden reducirse a una sola. Puede decirse que la amistad es un amor más dulce, más tranquilo, más moderado, y que el amor es una amistad que llega hasta el transporte, hasta el éxtasis, que no conoce límites, que no se alimenta más que de excesos, según la expresión de Richard de Saint-Victor: *Amor excessibus vivit.* La Escritura nos describe bajo estas dos diferentes ideas los sentimientos de Jesucristo para los hombres. Unas veces es un amigo dispuesto en toda ocasión a dar libre acceso a su amigo, incluso busca su presencia, y vuelve a verlo siempre con nueva alegría; otras veces es un amante que parece no poder separarse de un alma que ama; languidece si se aleja; si se presenta, está totalmente ocupado de ella, parece estar fuera de si. Jesús, como amigo, gusta de compartir sus bienes a quien ha concedido su amistad; como amante, da todo, olvida sus intereses, se olvida a si mismo, se consume por su amor. De manera que se puede decir que, más fuerte que el amor profano, el amor que por nosotros tiene el Hijo de Dios es

dentro de él como una pasión que le hace vivir en el otro, que le hace vivir para el otro: en el otro por el deseo ardiente y continuo que tiene de unirse al alma que es objeto de su amor; para el otro, por el afán que muestra, por los sacrificios que hace por este objeto.

Por esta definición pretendo mostraros que la Eucaristía es un misterio de amor, y las cualidades de amante que Jesús se atribuye se producen en ella de la manera más sensible. Os haré ver en el primer punto el deseo extremo que testimonia en este misterio de unirse a nosotros, en el segundo el celo desinteresado con que se nos da. Su amor le hace como salir de él mismo, para no vivir más que en nosotros; su amor hace que se olvide de si mismo de alguna manera, para no vivir más que para nosotros.

I. JESUS DESEA ARDIENTEMENTE UNIRSE A NOSOTROS

De todas las circunstancias de este misterio, no hay una que no me proporcione una prueba para la primera proposición que he avanzado. El deseo que Jesucristo testimonia de unirse a nosotros en la Eucaristía, ese deseo extremo se manifiesta en las diversas coyunturas de tiempo en las que viene a nosotros en este Sacramento, en el tipo de peligros que afronta, en la naturaleza de los signos que nos da, finalmente en la energía de sus palabras.

¿En qué tiempo, Cristianos, Jesucristo viene a nosotros por el Sacramento de la Eucaristía? Cuando todos los motivos que lo habían llevado a revestirse de nuestra carne ya no subsisten, cuando ha reparado todas nuestras desgracias, cuando la obra de la redención está cumplida, nuestras cadenas están rotas, nuestros enemigos vencidos, las puertas del infierno cerradas, las puertas del cielo abiertas. Jesús ha ascendido de la derecha de su Padre. ¿Por qué viene pues invisiblemente todos los días a la tierra, si no es porque no puede separarse de los hombres, y que sus delicias son estar con ellos? ¿Qué tiempo elige además? El tiempo en el que es elevado al más alto punto de su

gloria; en su morada eterna piensa en conservarse una mansión junto a nosotros, una morada en nuestros corazones; como si faltara algo a su felicidad, mientras está alejado de nosotros. ¿No es cierto que es necesario que un deseo sea muy vivo para ocupar toda su actividad hasta en el cielo, donde está el colmo de todos los deseos? Cuando considero a Jesucristo sobre nuestros Altares, en el estado humilde y oscuro en el que desea hallarse, cuando también reflexionó sobre la gloria inmensa de la que goza desde su Ascensión, me parece ver un gran príncipe que, habiendo llegado por su mérito y por su valor a la primera corona del universo, alimenta sobre el trono inclinaciones que había concebido en su primera fortuna, se oculta todos los días a la brillante y numerosa corte que le rodea y, bajo apariencias que ocultan su dignidad, se dirige sin ruido y sin aparato junto a quienes ama.

Lo que indica aún más el ardor de su deseo es que no hay ningún tiempo que no le parezca propio para esta entrevista; está presto a todas horas, en todos los momentos; su amor, enemigo de todo impedimento para este fin, se extiende sin elección a todos los tiempos. Por esto Jesucristo, habiendo querido que los otros sacramentos no fuesen conferidos más que una sola vez, como el Bautismo, la Confirmación y el Orden; o al menos muy raramente como el Matrimonio y la Extremaunción, nos ha dejado entera libertad sobre el sacramento del Altar, y sobre el sacramento de la Penitencia que dispone para él. Podemos recibir a Jesucristo en la Eucaristía todos los meses, todas las semanas, todos los días; no hay que decir que en esto ha pensado menos en contentar su amor que en aliviar nuestra debilidad, que tiene necesidad de ser fortificada a menudo por medio de sus visitas: porque, si estas visitas tendieran principalmente al alivio de los débiles, el Hijo de Dios no las multiplicaría sobre todo en personas que tienen más fuerza y constancia; y no las daría tan raramente a las almas imperfectas. Vemos sin embargo que las más generosas son invitadas a aproximarse a él, y que él inspira este santo deseo a quienes tienen más santidad.

Por lo demás nada detiene, nada enfría el ardor que tiene de unirse a estas santas almas; afronta todos los peligros. No

pondré dentro de estos peligros la indecencia de los lugares donde se compromete a entrar y a reposar: no diré que si la mayoría de las veces espera a su esposa bajo moradas suntuosas, en templos soberbios, va también a buscarla en las más humildes cabañas; que ni el fango, ni la pobreza, ni las otras incomodidades lo echan atrás. Pero considerad, por favor, a qué le expone la apariencia bajo la cual viene hasta los hombres. ¿Cuántos desprecios, cuántos insultos no sufre todos los días, de los malos cristianos y de los infieles? ¿cuántos libertinos, cuántos heréticos lo tratan en nuestros altares como una divinidad falsa o ridícula, acusan a sus adoradores de idolatría, o de debilidad; abusan de las apariencias poco impresionantes en las que se muestra, para renovar los ultrajes que se le hicieron en su pasión a propósito de la majestad que él se atribuía? No hablo de los malos sacerdotes, que le hacen ¡ay! todavía una persecución cruenta, y tal como la que fue promovida por los pontífices y por los doctores de Jerusalén. No digo cómo, buscando un alma santa, cae todos los días entre las manos de sus enemigos, y sufre en ellas una segunda pasión más cruel que en el Calvario. Todo esto no lo detiene; y su resolución me hace recordar ese héroe tan célebre en la historia antigua, ese héroe que, después de haber salido de su patria desolada, a través del hierro y el fuego, cubierto de sangre y de heridas, se dio cuenta de que su querida esposa se había quedado, y para ir a encontrarla, se decidió a volver a afrontar todos los peligros que había ya vencido.

¡Oh mi amable Maestro! ¿qué venís a buscar en esta tierra maldita? ¿No sabéis que vuestros enemigos reinan en ella, que conservan contra Vos todo su veneno, que son alterados por vuestra sangre? ¿No os acordáis ya de los malos tratos que habéis recibido entre nosotros? ¿No habéis sido aquí cubierto de oprobios? Es verdad que tendréis el placer de uniros estrechamente a vuestros réprobos las complacencias que no son debidas más que a las almas santas? El seno de una persona casta y fervorosa es para Vos una morada agradable: pero ¿cuántas de éstas hallaréis Vos, cuántas de estas almas fervorosas, en medio de esta multitud de cristianos que comulgarán en las fiestas más importantes? ¿Podréis soportar la frialdad, la poca fe, la

espantosa corrupción de estos hombres que no os recibirán más que por obligación? ¿Podréis soportaros en la boca, en la lengua de este maldiciente, de este blasfemo, en el cuerpo de este impúdico? Dios de amor y de pureza, Vos que nos aseguráis que nada manchado entrará en vuestro reino, Vos que no derramáis vuestros dones má que en las almas puras e inocentes, os entregaréis Vos mismos a todos estos horrores?

Imaginad, si es posible, cuál es el odio que Dios tiene por el pecado: este odio es infinito, es irreconciliable: sin embargo es menos fuerte, en cierta manera, que el deseo que tiene de venir a nosotros. Antes que renunciar a las delicias que experimenta a las comunicaciones íntimas con nosotros, no vacila en abandonarse a los sacrílegos abrazos de los más infames pecadores.

Juzguemos todavía los afanes de este divino amante por los signos que nos da, por las especies sagradas en las que se entrega sin mostrarse. Si es cierto, como la teología nos enseña, que la materia de estos sacramentos es un signo visible y como una voz muda, que nos declara el deseo que Dios ha tenido en su institución; si esto es cierto, ¿qué quiere hacernos entender Jesucristo, cuando nos presenta su cuerpo bajo las especies de pan, si no es que, al igual que el pan debe servir de alimento, él se pone también a si mismo bajo las especies misteriosas de este alimento nada más que par alimentar nuestras almas? Un alimento no tiene otro fin que estar unido a nuestros cuerpos; no tendría otra inclinación, otro deseo, si tuviera sentimiento, si estuviera animado: Jesús, bajo la forma de este alimento, ¿qué desea, si no es unirse a nosotros? Lo desea con el mismo ardor, con el mismo afán, y, si me atrevo a decir, con la misma violencia con la que cada ser tiende a su fin y a su felicidad natural.

¿Queréis saber todavía más expresamente lo que Jesucristo nos dice por medio de estas especies misteriosas? Nos repite sin cesar lo que dijo a sus apóstoles, cuando instituyó la Eucaristía, lo que el pan material nos dice él mismo por su destino natural: *Accipite et manducate:* Tomad y comed. Os equivocáis sin duda, quienes no nos predicáis más que el respeto y la reverencia por este pan cotidiano: no me toca a mí examinar

vuestras intenciones, pero ciertamente vuestro lenguaje no se corresponde con el lenguaje de Jesucristo. Cuando Dios baja a la montaña de Sinaí, revestido de fuego y de relámpagos, y no hablando más que por el sonido terrible de trompetas, comprendo que su deseo es llenar de terror a un pueblo indócil y sedicioso; *Ut enim proberet vos, venit Dominus, et it terror illius esset in vobis.* Pero aquí, oh mi amable maestro, si Vos no pedís de mí más que homenajes, permitidme que os diga que nos explicáis bastante mal vuestras intenciones. Si deseáis que me aleje de vuestra santa Mesa por respeto, ¿qué aliviar mi hambre, pero no veo por dónde me puede mover a sentimientos de temor. Es verdad que os levantan tronos en nuestras iglesias, y que a la luz de mil antorchas se hace brillar en torno a Vos lo que hay de más preciado en la naturaleza, pero todo esto es invención de los hombres, es su voz y no la vuestra lo que este aparato me hace oír; son los hombres los que os han elevado sobre los altares, pero Vos mismo os habéis ocultado bajo la figura de este pan: esta figura, este pan estaría mejor colocado sobre una mesa que sobre un trono, mejor en la boca de los cristianos que expuesto solamente a sus adoraciones.

Pero ¿qué necesidad hay de recurrir a los signos, a las conjeturas, donde las palabras del evangelio son tan expresas? ¿De cuántas maneras el hijo de Dios nos ha hecho conocer el deseo que tiene de unirse a nosotros por medio de este sacramento? No se ha contentado con presentársenoslo como una carne, a fin de que el amor que tenemos por la vida nos invite a recibirlo, sino que para excitar más nuestra hambre, ha declarado que todos los demás alimentos, incluso el Maná mismo, no se aproximaban a éste; que el Maná no había impedido a los Israelitas que murieran, pero que este pan haría inmortales a todos los que lo tomaran: *Qui manducat hunc panem, vivet in aeternum.* Esto no es aún suficiente. La esperanza de llegar a ser igual a Dios que había llevado a Adán a comer un fruto cuyo uso le había prohibido el Señor: Jesús promete a todos quienes lo reciban en el altar que serán elevados al mismo rango a donde el primer hombre había llevado inútilmente su ambición: *Sicut misit me vivens pater, et ego vivo propter patrem: et qui manducat me, et ipse vivet propter me.*

Además, ruega a sus discípulos que renueven esta Cena misteriosa a menudo; les hace entender que en ello le darán señales de su recuerdo y de su amor. No olvida el motivo del temor, que tiene tanto poder sobre la mayoría de los espíritus, nos amenaza con la muerte si rehusamos alimentarnos con su carne: *Nisi manducaveritis carnem filii hominis, non habebitis vitam in vobis.* Finalmente, hace uso de todo para inspirarnos los más vivos deseos de ir a él, y para ponernos en una especie de necesidad de levantar todos los obstáculos que, por nuestra parte, se oponen al ardor que él tiene de venir a nosotros, y de unirse estrechamente con nosotros.

Siendo esto así, si, más fuerte aún que en el corazón humano, el amor de Jesucristo por los hombres le hace vivir como fuera de si mismo, por el deseo de unirse a ellos, ¿no tengo razón de asegurar que el nombre de amante no conviene a nadie mejor que al Salvador del mundo, y que nunca él mismo ha dado cumplimiento mejor a la medida de tan tierno amor que en el Sacramento del Altar? Es cierto que por la encarnación Dios se ha unido perfectamente a nuestra naturaleza; sin embargo esta unión hipostática no ha sido el fin de su encarnación, como la unión sacramental ha sido el fin de la Eucaristía. Dios se ha revestido de nuestra carne, no precisamente para unirse a nosotros, sino a fin de tener un cuerpo susceptible de los dolores que quería sufrir por nosotros; se hizo hombre para salvar a los hombres; esto ha sido celo, benevolencia, compasión, una especie de amor, si queréis; pero, ciertamente, no ha sido ni ternura, ni complacencia, ni en fin ese amor que le ha merecido el nombre de amante que le dan los santos Libros.

Es fácil reconocer la diferencia que hay entre estos dos sentimientos, por la diversidad de sus objetos. El Hijo de Dios no se ha encarnado más que por los pecadores. *Non sum missus nisi ad oves quae perierunt.* Ahora bien, los pecadores no pueden ser objeto de su complacencia, sino sólo de su compasión, en cambio él ha instituido este Sacramento nada más que para los justos: *Vere panis filiorum, non sum mittendus canibus*; y los justos no pueden ser más que objeto de su ternura. Por ello Jesucristo, visible en su carne, se complacía con los pecadores,

mientras que tiene horror de ellos bajo las especies sacramentales. La encarnación ha sido la liberación de los pecadores, la Eucaristía es su juicio y su muerte: *Qui manducat et bibit indigne, judicium suum manducat et bibit*. Además ¿vemos nosotros que el Hijo de Dios haya tenido deseos tan ardientes de encarnarse, que ha llegado a entregarse a nosotros por medio de este Sacramento?

Toda la Escritura está llena de los votos de los patriarcas y los profetas; por todas partes no hay más que lágrimas, suspiros para aplacar el cielo, y hacer descender de él al Redentor. Este Redentor es llamado la espera del pueblo de Israel, el deseado de las naciones, el deseo de las colinas eternas. Pero, por la parte del Verbo, no se ven parecidas impaciencias. El mundo gemía bajo la tiranía del demonio, desde la caída de Adán, y, desde ese momento le había sido prometido el libertador; y desde entonces no se había dejado de pedirlo y de esperarlo: sin embargo, lejos de apresurarse a cumplir nuestros deseos, deja su llegada hasta la mitad de los tiempos, deja pasar cuatro mil años de esclavitud dura y cruel. Pero en la Eucaristía se comporta de una manera muy distinta; se hizo rogar, se hizo solicitar su venida al mundo durante el espacio de cuarenta siglos; ahora él pide a los hombres, les apremia, les hace incluso violencia para obligarles a recibirlo. Forzadles, dice en el Evangelio, forzadles a tomar parte en el festín que les he preparado: *Compelle intrare, ut impleatur domus mea*. He aquí el verdadero carácter del amor: una impaciencia extrema. Los otros movimientos del alma no actúan con tanta violencia; son suaves, son lentos, seguimos su impresión sin transporte, los reprimimos casi sin esfuerzo: pero el amor es enemigo de retrasos, nada lo detiene; levanta en un momento todos los obstáculos, sobrepasa todas las dificultades, nada le es imposible, nada es difícil para él. En Jesucristo, lleva el Corazón de este divino esposo hacia el objeto que lo atrae, o más bien no vive más que en ese objeto.

II. VANAS RAZONES PARA NO COMULGAR

Después de estas reflexiones, ¿qué pensáis del desagrado que muestran los cristianos por el cuerpo de Jesucristo? Este Amante divino está en una increíble impaciencia de venir a nosotros, y ¡hace falta obligarnos a ir hacia él, hace falta amenazarnos con los anatemas de la Iglesia para obligarnos a abrir nuestro seno a él una vez al año! ¡Dios mío! ¿De dónde viene que tengamos deseos tan contrarios a los vuestros? ¿de dónde viene que deseéis uniros a criaturas tan imperfectas, y que a nosotros nos cueste tanto trabajo unirnos a Vos, nuestro único y soberano Bien? Sé bien que se tiene la costumbre de excusarse con que uno se siente indigno de aproximarse al santo de los santos, y con que uno se retiene por su respeto a una Majestad tan alta: pero este pretendido respeto ¿qué otra cosa es sino un falso pretexto? He aquí la verdadera razón.

Los que no comulgan, incluso cuando están obligados bajo pena de pecado mortal, son en la mayor parte libertinos que no tienen religión, o al menos en quienes la fe comienza a languidecer o a apagarse. Se alejan de la santa Mesa, por miedo, dicen ellos, de profanarla, a causa de las costumbres criminales que tienen. Pero ¿por qué no las abandonan esas costumbres criminales, para evitar al mismo tiempo el sacrilegio y la desobediencia, para testimoniar su respeto a la Iglesia, de la que son miembros, y al Salvador, que es su Cabeza? ¡Qué respeto, amable Redentor, preferir privarse de la participación en los santos misterios que renunciar al crimen para aproximarse a Vos con la pureza conveniente! ¡Desgraciado impúdico, atrévete a pensar en el objeto que prefieres al cuerpo de tu divino Maestro, y pensando en él atrévete a decir que tienes respeto por este santo Cuerpo! Di que tienes una horrible unión a tus infames placeres y que tu amor por el pecado llega hasta la locura.

Los que comulgan menos raramente, pero se guardan de hacerlo cada ocho días, o cada quince días, aunque no tengan, por misericordia de Dios, ninguna unión con el pecado mortal, si éstos pueden cubrirse con el pretexto de la humildad

con mayor verosimilitud, ¿pueden hacerlo con más verdad? la humildad es una virtud: ahora bien, como todas las virtudes están unidas unas a otras, por un verdadero sentimiento de humildad, por la sola consideración de su indignidad, se alejara del altar tendría infaliblemente todas las virtudes que pueden hacerlo digno de aproximarse a él todos los días. ¿Cuál es pues, en ciertas personas, la causa de una indiferencia tan grande por este Sacramento de Amor? No es precisamente que se crean indignas de participar en él; es que temen hacer lo que podría haceros dignos de él, quizá es que temen hacerse dignos de él participando en él más frecuentemente. Me explico.

Se intuye si se multiplican las confesiones y las comuniones, se siente que habrá que moderar el juego, poner límites al lujo, separarse del comercio que se tenía con el mundo, se intuye que el uso frecuente de los sacramentos reclama necesariamente esta reforma, que la produce incluso insensiblemente, como a pesar de nosotros mismos; se prevén los combates que habría que sostener contra Dios, los reproches que habría que escuchar de parte de la conciencia, si uno pretendiera unir una vida tibia y mundana con comuniones tan frecuentemente reiteradas; está uno persuadido que la presencia de Jesucristo imprime en el alma que lo ha recibido un respeto interior que modera, al menos a los placeres ordinarios. Por cierto, no se ignora que Jesucristo no entra en un corazón para no hacer nada, que no deja de invitar a renunciar a la vanidad, a uno mismo; que él apremia a ello en cada visita que se le hace. Todo esto asusta a una alma cobarde y atada a las criaturas; prefiere privarse del pan de los Angeles que verse comprometida a una vida más cristiana. Lo que me convence de que no me equivoco en este juicio, es que en efecto no se ve que la humildad aparte de esta santa práctica a las personas verdaderamente mortificadas y curadas del amor propio. Hace esta rara virtud que tomen un cuidado extraordinario en purificarse, en preparar su corazón, hace que a pesar de todas sus preparaciones, todos sus cuidados, vayan a la santa Mesa con extrema confusión y extremo temor, pero sin embargo con santa confianza, porque sienten una voluntad sincera de agradar a Dios,

y un verdadero horror por los defectos que son el sujeto de su confusión y su temor.

Sí sin embargo si encontrase alguna de estas personas verdaderamente humildes que quisiera abandonar la comunión frecuente, intimidada por esta sentencia terrible: quien come mi carne bebe y come su condenación, si se encuentra alguna, le suplico, en el nombre del Señor, que no tome para ella lo que a ella no se refiere: *Quid habes, Esther? Ego sum frater tuus: noli metuere, non morieris; non enim pro te, sed pro omnibus haec lex constituta est*: ¿qué teméis?, dice el rey Asuero a la reina Esther, cuando la vio pasmada al pie de su trono. Yo soy vuestro rey, pero también soy vuestro esposo y vuestro hermano; no, no moriréis, mi palabra es vuestra seguridad. Es un crimen capital venir aquí sin ser ordenado, pero esta ley no ha sido dictada para personas como vos.

Alma cristiana, alma santa, Jesucristo tiene para ti hoy el mismo lenguaje sobre este altar: *Quid habes? Ego sum frater tuus*: ¿Qué temes de tu Hermano y de tu Esposo? ¿Por qué temer una majestad que tengo aquí velada sólo para daros entera libertad de venir a mí? He dicho que uno se hará reo de muerte comulgando indignamente; pero no he pretendido incluirte en esta amenaza. Aunque no seas digna de recibirme, no es sin embargo indigno de mi ser recibido en ti. Tú no lo mereces, si se tienen en cuenta tus imperfecciones; pero sabe que el deseo que tienes de llegar a ser más perfecta te hace acreedora de un gran mérito ante mí. Aparta este vano temor que se opone a mis más ardientes deseos. Ya que te invito a aproximarte a mí, debes temer desagradarme rechazándome, y ofenderme por excesivo respeto. *Noli metuere, non morieris.* No temas nada, una vez más, de quien te ama con una ternura extrema: ¿cómo podría decidirme a hacerte morir, yo que no sólo no vivo más que en ti, sino no vivo más que por ti?

III. DESINTERES CON QUE SE NOS DA

El Hijo de Dios no podía marcarnos de una manera más

sensible que no quiere vivir más que por nosotros en la Eucaristía que sacrificándonos en ella en primer lugar su vida, en segundo lugar su gloria.

Es difícil decidir si Jesucristo testimonió más amor a los hombres, cuando tomó una vida humana en el seno de María, o cuando perdió esta misma vida en la cruz; pero no cabe duda que en el Sacramento del Altar, hizo para nosotros algo más que en su concepción y en su muerte, ya que, en este sacramento recibe la vida y la muerte al mismo tiempo que en él está creado y sacrificado por nuestro amor. Sí, Jesús vive en nuestros Altares, ya que él mismo es el sacerdote del sacrificio. Si la Eucaristía es una extensión de la encarnación, como dice san Juan Crisóstomo, es cierto, en algún sentido, que Dios se hace hombre en este misterio; y si es una figura real y efectiva de su pasión, como la fe nos enseña, no se puede dudar que en él sea todavía crucificado. Las palabras de sus ministros le dan un nuevo nacimiento, revistiéndolo de las especies de pan y vino; le dan una nueva muerte, separando su cuerpo de su sangre. En una palabra, esta vivo en la Eucaristía, porque está en el mismo estado que en el cielo, es decir inmortal y glorioso; y está muerto, puesto que está sin sentimiento, porque está como sepultado en las especies, porque en fin, cuando nos sirve de alimento, se puede decir que es el alimento de los gusanos.

Pero, ¿por qué quiere vivir, y por qué quiere morir en este Sacramento? No se puede decir que por él mismo vive y muere en él, puesto que no hace ningún uso de la vida, y no saca ningún provecho de su muerte. Cuando estaba en la tierra, gozaba sin duda de algún placer, a la vista del cielo y de la tierra, en sus conversaciones con su santa Madre y con sus amigos, y sobre todo en los movimientos inefables de su Corazón y de su espíritu, que estaban sin cesar ocupados, uno en conocer y el otro en amar a Dios con sentimientos dignos de él. Pero en su vida eucarística, no es susceptible de ningún placer, porque el espacio indivisible en el que todo su cuerpo está reducido lo hace incapaz de toda operación; está en ella, respecto a sí mismo, como si en efecto estuviera muerto; no posee vida más que la que le hace falta para dárnosla sin cesar en sacrificio.

Su muerte sobre la cruz fue el precio de nuestra redención, pero fue también la fuente de toda su gloria. Era necesario que muriera para establecer este imperio universal que le estaba destinado, y que debía ser la recompensa de sus humillaciones. Pero, una vez que subió al cielo, siendo su gloria entera e incapaz de acrecentamiento, no puede sacar ningún otro fruto de su muerte sacramental que el placer de inmolarse por aquellos a quienes ama.

Reconozco, en segundo lugar, que fue para el Verbo eterno un disfraz extraño el revestirse de cuerpo humano: pero además de que este cuerpo es lo que la naturaleza presenta de más bello a nuestros ojos, el cuerpo del Hijo de Dios tuvo sobre todos los demás cuerpos la ventaja de ser el más perfecto y el más cumplido: *Specious forma prae filiis hominum.* Estos encantos superiores servían al deseo de hacerse amar por los hombres, sabía cómo esta belleza corporal era capaz de hacer sobre sus corazones poderosas impresiones. Si fue desfigurado por las manos de sus enemigos durante el tiempo de su pasión, sus heridas y sus llagas le atrajeron la compasión de sus jueces, e hicieron admirar su paciencia más que humana, de manera que se puede decir que, si buscó nuestro beneficio en el misterio de su dolor, encontró también el suyo en él. Pero, en este Altar ¿qué hace él para sus intereses? El estado en el que está reducido no puede atraerle ni veneración ni amor; nada menos impresionante, nada menos común que las especies de pan y de vino; nada más propicio, me atrevería a decir, para alimentar la incredulidad.

Añadid, a lo que acabo de decir, que los otros misterios del Salvador, los más dolorosos y más humillantes, han estado acompañados de circunstancias tan gloriosas, de milagros y de prodigios tan resplandecientes que es fácil ver que teniendo cuidado de nuestros intereses él no descuidaba enteramente su gloria.

Pero ¿de dónde viene que, renovando todos los días sobre nuestros Altares los misterios de su nacimiento y de su muerte, no renueva las maravillas que sucedieron en el momento de lo uno y lo otro? ¿De dónde viene que rebajándose a un estado tan humillante no haga nada para elevar la humilla-

ción? Es porque su amor por nosotros lo ocupa por completo, y lo hace como insensible a cualquier otro objeto.

Me equivoco, jamás se han producido tan grandes milagros como los que se realizan todos los días en la Eucaristía. El pan y el vino se anulan ante la palabra del sacerdote; el mismo cuerpo se encuentra a un tiempo en el cielo y en la tierra; la carne goza de los privilegios de los espíritus, ya que es invisible y no ocupa ningún espacio; los accidentes se han separado de la sustancia. ¿Jesús se retira por la corrupción de las especies? Una materia es inmediatamente creada de la nada para sustituir la materia que la consagración ha destruido. Estos son sin duda grandes prodigios: crear, anular, multiplicar, espiritualizar los cuerpos; estos son sin duda otros milagros distintos que cerrar las heridas, o incluso abrir los sepulcros. Pero para mostrar que todo esto no se hace más que por nosotros, se realiza con el aparato más simple, y sin que nada resplandezca en el exterior. Todo se desarrolla de tal manera que la gloria del Salvador no es en nada aumentada ante los hombres, ni nuestra fe misma fortalecida. Es suficiente para este amante desinteresado que tan grandes maravillas sean útiles al alma que lo ama, aunque ella misma no las percibiera.

IV. JESUS EN LA EUCARISTIA SOLO VIVE PARA NOSOTROS

Es pues verdadero que Jesucristo no vive más que por nosotros en este Sacramento, ya que no vive más que para morir por nosotros. Hace aún más, se nos hace útil incluso después de la muerte, dándonos su cuerpo para comer. He dicho, al comienzo de este discurso, que el Salvador se entregaba a nosotros en forma de carne, para unirse más perfectamente a nosotros; añado que lo hace además con el deseo de consumirse enteramente por nosotros. La muerte no destruye al hombre de tal manera que sus restos no puedan servir o bien de pasto al fuego, o bien de alimento a los gusanos: parece también que Jesús no creería hacernos un sacrificio perfecto él mismo en la Eucaristía si, después de haber recibido la muerte, su cuerpo

no quedara para nosotros para sernos presentado en la santa Mesa. Con razón se habla del amor de las madres como el amor más vivo y más tierno que se haya observado en la naturaleza; Dios mismo se ha dignado proponérnoslo como imagen del amor que tiene por nosotros. Sin embargo ¡qué débil, este amor, qué imperfecto, si se lo compara con la ternura que Jesucristo nos testimonia en la Eucaristía! Ha habido mujeres que para apartar la muerte con la que el hambre amenazaba, han ahogado inhumanamente a sus propios hijos, los han devorado; esto es a lo que nos lleva el amor a la vida, a esta vida tan corta, tan desgraciada: pero ¿se ha visto alguna vez a las madres que, para conservar la vida a sus hijos, les hayan dado su propia carne?

Vos solo, amable Salvador, sois capaz de llevar el amor hasta este exceso, capaz de amarnos hasta consumiros enteramente por vuestras criaturas. Vos habéis querido ser todo para nosotros, ser para nosotros todo nuestro bien, ser a la vez nuestro Dios, nuestro rey, nuestro maestro, nuestro hermano, nuestro tesoro, nuestra garantía, nuestra víctima, en una palabra nuestro alivio en nuestra hambre, en nuestra sed, y ello para convencernos que teníais para nosotros el celo, la impaciencia de un verdadero amante. ¡Oh Jesús, el más perfecto, el más tierno de todos los amantes! ¡Oh amor, divino amor! ¡Amor excesivo! ¡Amor inefable! ¡Amor incomprensible! Perdonadnos, mi adorable Redentor, si dudamos a veces en creer en el Misterio de la Eucaristía: no es un defecto de sumisión lo que nos hace indóciles a esta creencia; nuestra poca fe es consecuencia necesaria de vuestra excesiva bondad. Hemos creído por vuestra palabra en el misterio de la Trinidad, por impenetrable que lo hallara nuestra razón; lo hemos creído porque nada nos pareció digno de la superioridad de vuestro ser, que no os hiciera incluso más adorable: Pero aquí, Señor, tememos prestar fe a las humillaciones indignas de Vos. ¿Qué? ¿Que un Dios tenga ternura, complacencia, impaciencia por un hombre? ¿Que un Dios desee unirse a mí, y lo desee hasta el punto de anularse todos los días, de inmolarse todos los días, de querer que me alimente de él todos los días? Dios mío, por infalibles, por expresas que sean vuestras palabras, por corrobora-

das que hayan sido en todos los siglos por milagros, no podríamos impedir estar sorprendidos, estar asustados al oír verdades tan sorprendentes.

Pero por increíble que parezca el amor que el Hijo de Dios nos testimonia en este Sacramento, una cosa me sorprende aún más, y es la ingratitud con la que pagamos un amor tan grande. Es extraño que un Dios consienta en amar a un hombre, pero más extraño es aún que un hombre parezca no poder amar a Dios; y que ningún motivo, ningún beneficio, ningún exceso de amor pueda inspirarle el menor sentimiento de gratitud. Dios puede tener alguna razón para amar a los hombres; son sus obras, sus imágenes; ama en ellos sus propios dones, se ama a sí mismo al amarlos; pero ¿podemos tener nosotros alguna razón para no amar a Dios? Habla, hombre ingrato, hombre insensible; habla ¿qué es lo que te repele en tu Dios? ¿Acaso no ha hecho todavía bastante para merecer tu amor? ¡Ay! Ha hecho más de lo que nos habríamos atrevido a desear, más casi de lo que nos atrevemos a creer, más de lo que parecía convenir a su infinita Majestad: y continuaremos despreciándolas? ¿Milagro, exclama Guillermo de Paris, pero milagro diabólico! el hombre está rodeado, el hombre está colmado de beneficios de Dios: Dios ilumina todos los días nuevos carbones en torno a nuestros corazones para inflamarlos, y estos corazones permanecen fríos en medio de un fuego tan grande: *Homo tot congestis carbonibus miraculo diabolico friget ad Deum.*

Manera de celebrar la fiesta del Sagrado Corazón

Para recibir infaliblemente, por la práctica de esta devoción, las grandes gracias que Dios promete, sobre todo su amor ardiente, dice el P. Croiset, esta es la manera como hay que actuar:

1.º Preparación para la fiesta: Esta fiesta debe comenzar la víspera.

Se puede emplear una parte de ese día en leer las revelaciones relativas a la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús, a fin de penetrar bien los motivos que se deben tener en esta fiesta, y

con que sentimientos se deben realizar todos los ejercicios. Se considerará cuán razonable es amar ardientemente a Jesucristo y repararlo por los ultrajes que recibe en el más amable de todos los misterios.

Se pasará el máximo tiempo posible ante el Santísimo Sacramento, en profundo respeto. Se recitará el rosario, las letanías y algunas otras oraciones, cada uno según su devoción.

La confesión (preparatoria para la fiesta) debe estar acompañada de un dolor más grande, si se puede, y más perfecto que de ordinario, a la vista de nuestras propias ingratitudes e irreverencias, de las que será bueno acusarnos, al menos en general.

Debe después ponerse buen cuidado, el resto del día, en mantenerse en gran recogimiento interior, disposición necesaria para esta fiesta.

Por la noche, antes de ir a descansar, se testimoniará a Nuestro Señor Jesucristo el deseo que tendríamos de pasar la noche a los pies de sus altares y pediremos al buen ángel que supla nuestro defecto.

Si nos despertamos durante la noche, hay que adorar a Nuestro Señor Jesucristo en la adorable Eucaristía, y renovar el deseo que tenemos de ir a rendirle adoración.

2.º El día de la fiesta. Se debe, si se puede, consagrar todo el día a honrar el Sagrado Corazón de Jesús en la Eucaristía, y apartarse de todos los asuntos que puedan aplazarse para otra ocasión. Hay que cortar cuidadosamente todo tipo de inutilidades, porque los menores momentos, en ese día, son infinitamente preciosos.

Desde que uno se levante, se pondrá de rodillas en tierra para adorar a Nuestro Señor Jesucristo, dirigiéndose hacia la iglesia más próxima donde descanse el Santísimo Sacramento, acompañando este acto de adoración con todos los sentimientos de los que es capaz un corazón sensiblemente conmovido y abrasado de amor, ofreciendo a este divino Maestro todo lo que se va a hacer en honor de su sagrado Corazón para reconocer su amor y sus beneficios.

Ese día más que nunca, hay que apresurarse a visitar a Nuestro Señor Jesucristo, en su divino Sacramento.

Como se debe comulgar para reparar los defectos de todas las comuniones que se han hecho, así como las irreverencias y la frialdad con las que tanta gente han comulgado hasta ese momento, huelga decir con qué tierna devoción, con qué fe viva, con qué gran respeto, con qué modestia extraordinaria, con qué profunda humildad y sobre todo con qué profundo amor hay que aproximarse a la Santa Mesa. Movido por un dolor sensible de ver a Nuestro Señor Jesucristo amado tan poco e incluso tan maltratado en la adorable Eucaristía, se le recibirá como a un Dios irritado que se desea aplacar, como un Salvador rechazado, que se pretende ganar. Como el ardiente amor a Jesús debe ocupar la mayor parte de esta acción, deberá ser el amor el que inspire a cada uno en particular los sentimientos, los afectos y los actos que se deben hacer en este tiempo precioso.

Después de la comunión, comparando el amor excesivo de Nuestro Señor Jesucristo con nuestra extrema ingratitud, nos arrodillaremos humildemente a sus pies, el espíritu humillado, el corazón oprimido de un vivo dolor a la vista de tantos ultrajes, y haremos con una devoción extraordinaria la reparación honorable y a continuación el acto de consagración al Sagrado Corazón. En estos actos el corazón debe tener más parte que la boca o, más bien, la boca no debe ser más que intérprete de los sentimientos del corazón.

Se intentará pasar el resto de la jornada en la práctica de las buenas obras, en medio de un gran recogimiento interior y en un continuo ejercicio de amor a Nuestro Señor, se harán actos frecuentes de este amor, cada uno según su devoción, testimoniando al Señor cuánto se le ama y cuánto se desea verlo tiernamente amado. Se podrá recitar el rosario y las letanías del Sagrado Corazón.

En este día, hay que pasar delante del Santísimo Sacramento más tiempo que de costumbre. Se le visitará por lo menos cinco veces.

La primera visita debe ser para dar gracias a Jesucristo por el amor infinito que nos ha mostrado instituyendo este misterio. La segunda, en acción de gracias por todas las veces que lo hemos recibido en la adorable Eucaristía y por todos los bie-

nes en particular que entonces nos ha concedido. La tercera, para hacer la honorable reparación de todos los ultrajes que ha recibido de los infieles y los heréticos. La cuarta, para reparar, todo lo que sea posible, por medio de un profundo respeto y todo tipo de homenajes, las irreverencias, las impiedades, y los sacrilegios que ha sufrido por parte de los propios fieles. La quinta debe ser expresamente para adorar, en espíritu, a Jesucristo en todas las iglesias, ya sea en el campo, ya sea en las ciudades, donde el Santísimo Sacramento reside, donde casi todo el mundo lo descuida, donde es tan mal guardado, tan raramente visitado y tan universalmente olvidado.

Como el amor de Jesucristo es el motivo principal de todas estas prácticas de devoción, muchas personas, para hacerse agradables a Jesucristo, añaden a todo esto una cantidad de otras buenas obras que el amor les sugiere, y que tienden todas al mismo fin. Algunas visitan ese día todas las iglesias, o al menos una parte de ellas donde el Santísimo Sacramento descansa, e intentan, por medio de su devoción y de su modestia, reparar las profanaciones y los desprecios que Nuestro Señor Jesucristo ha sufrido. Otras tienen cuidado de hacer confesar y comulgar, ese mismo día, a algunos pobres, a quienes dan limosna, después de haberlos tratado bien. Muchos añaden a estas prácticas de devoción algunas austeridades; y todos en general deben esforzarse en cumplir estas distintas obras con una fe viva, un gran fervor, una devoción singular, y sobre todo con un amor muy ardiente a Jesucristo.

FLORES Y HOJAS DE OTOÑO

CAPITULO PRIMERO

El Paraíso

La felicidad de los santos, considerándola desde el ángulo que es más visible para nosotros, consiste en que no son ya lo que nosotros somos. No conocemos en absoluto los bienes de los que gozan, pero sufrimos los males de los que ellos están libres; y así, para movernos a desear su felicidad, es mejor representarnos las miserias de las que están liberados más que los bienes que poseen. Si el conocimiento oscuro que tenemos de estas riquezas inefables no bastan para hacernos suspirar por el cielo, la esperanza de estar libres de tantos males con los que estamos agobiados nos hará sin duda desear el paraíso. Como la manera más segura y más perfecta de conocer a Dios en esta vida es considerar las imperfecciones de las que está privado, también la vía más corta y más eficaz para hacernos conocer el paraíso es considerar las miserias de las que está libre. Los bienaventurados ven lo que creemos, aman lo que tememos, poseen lo que deseamos.

Un infiel se encuentra en un estado parecido al de un hombre que se halla en medio de un magnífico jardín durante las más espesas tinieblas de la noche: oye el ruido de las cascadas y de las fuentes, siente el olor de las flores de las que está lleno, puede con las manos formarse algún juicio sobre las estatuas, los árboles y los espacios. Cuando la fe entra en ese espíritu, es como una llama que se enciende en medio de la noche, que hace descubrir algo más; pero con esta luz, todas las flores os parecen del mismo color, el verdor no tiene lozanía, el már-

mol está sin brillo, la mitad de las cosas se os escapan, no las véis más que a trozos; las que están un poco alejadas apenas pueden ser percibidas; la simetría, la relación de las partes que constituyen la mayor belleza se os pasan por alto. Pero cuando la luz de la gloria se descubre, es como si el sol apareciera de repente; es entonces cuando todo lo que nos parecía como muerto y languidece se hace como animado; todo ríe, todo brilla, todo impresiona los ojos, todo los alegra, todo los sorprende; se ven con placer las ideas que uno se había formado a la luz de la antorcha infinitamente sobrepasadas.

Los santos aman lo que nosotros tememos, es decir a Dios; su amor no está ya mezclado con ese temor que hace que temamos o bien perderlo o bien haberlo perdido, que nos castigue eternamente por haberlo abandonado, o que nos abandone para siempre para castigar nuestra cobardía en su servicio. ¡Qué trabajo conocer a Dios, amarlo con todo el corazón, no tener más que desagrado por todo lo demás, languidecer en la espera de su posesión, y encontrarse en todo momento abocado a tristezas y a inquietudes que nos llevan a dudar si verdaderamente somos agradables a Dios y si no es una ilusión creer que lo amamos sinceramente! ¡Qué! ¡Siempre riesgos y peligros, nunca un momento de seguridad, por doquier trampas y emboscadas! ¡Qué! ¡Estoy siempre expuesto, mientras viva aquí abajo, a perder mi alma y mi Dios! ¡Puedo caer en el pecado, y basta un solo pecado mortal para perder el fruto de cincuenta y sesenta años de trabajos y de méritos! Estoy dividido contra mí mismo, tengo que defenderme de todo lo que me es más querido; todo lo que me agrada puede corromperme, todo lo que es conforme a mi naturaleza es enemigo de mi virtud, todos mis sentidos buscan sorprender mi razón; yo mismo no soy el dueño de mi voluntad: ella quiere lo que yo no quiero, a ella le gusta lo que yo odio, ella desea lo que yo aborrezco, ella me lleva a la conquista de lo que yo huyo. ¡Qué vida, qué miseria, qué suplicio, qué infierno!

En el paraíso poseeremos lo que deseamos. A juicio de santo Tomás, el hombre desea a Dios naturalmente; de ahí viene que el corazón le suplique siempre bajo el nombre del bien soberano. Este corazón nunca se equivoca, pero es equivocado

por nuestro entendimiento que le presenta los deseos, etc., como si fueran ese bien por el que suspira; no se equivoca sin embargo nada, ya que apenas ha abrazado ese falso bien, demuestra por su inquietud que no es lo que desea, que se han interpretado mal sus deseos; se le ofrecen riquezas, se les asegura que ahí están sin duda lo que busca; lo cree y esta creencia produce este ardor, y esta impaciencia que demuestra en su adquisición. Pero apenas por fin los ha poseído reconoce que se ha equivocado una vez más y pide que se le busque otra cosa; *Inquietum est cor nostrum, donec requiescat in te.* Esto es lo que me persuade que en la verdad busca a Dios sin saberlo, por un instinto que Dios le ha dado al crearlo. Pero como las criaturas se presentan en masa igual que Dios, y nuestros sentidos toman a las criaturas como al Creador, le presentan lo que no busca como lo que busca. *Num quem desiderat anima mea vidistis?* Me parece ver al pobre Isaac ciego y debilitado por su avanzada edad; reclama a su hijo mayor; se presenta el pequeño; su olfato y su tacto le aseguran que es a quien desea, y lo abraza, o a Jacob que en la verdad no tiene amor más que por Raquel, y que sin embargo no deja de aceptar por esposa a Lia a quien ponen en su lugar para sustituir a quien él deseaba.

Los hombres, que sienten que lo desean es un bien soberano y Dios mismo, han hecho dioses de todo lo que han mirado como su felicidad, y no han dudado que lo que creían que debía satisfacerles por completo estuviera por encima de las criaturas. Así los padres han levantado altares a sus hijos, los maridos a sus mujeres; los que han visto el oro como el mayor de todos los bienes lo han adorado como el mayor de todos los dioses, etc.

Un motivo de alegría y de consuelo en las desgracias, es pensar que en el paraíso estaremos libres. Una enfermedad os agobia; decid a vosotros mismos: llegará un día en que mi cuerpo estará fuera del alcance de todos los males que lo atormentan hoy, etc., las estaciones, los enemigos, las pasiones, las tentaciones, etc.

Yo no sé lo que será el paraíso, sé que estaremos sumergidos en la gloria, que veremos a Dios mismo, que Dios no pare-

ce Dios más que en este lugar de delicias, que todos los adornos con que ha decorado el cielo y la tierra, todo lo que el arte puede añadir a la naturaleza, para producirnos placer y encantar nuestros sentidos, que todo esto, digo, no son más que sombras, nada en comparación con el paraíso. Pero no sé qué es lo que habrá. Sé lo que no habrá. Ningún mal, ni moral, ni físico, ningún pecado, ningún vicio, ninguna envidia, ningún interés, ninguna inconstancia, incluso ninguna virtud que pueda producir dolor; ya no más fe, no más temor, no más esperanza, no más dolor ni penitencia.

No podéis comprender que se sea feliz sin los placeres que os imagináis; pero, decidme, ¿podéis comprender cómo se puede ser feliz en el ejercicio de todas las austeridades más rigurosas, cuando no sólo no se goza de ningún placer corporal, sino que uno está en la pobreza, agobiado de enfermedades, despreciado, cuando se hacen ayunos, se desgarra uno a golpes de disciplina, se consume uno en vigilias? Sin embargo esto es verdadero, y es tan verdadero que ha habido santos que han convertido en placeres todo esto, y que no podían vivir sin ello. ¿Qué? ¿el solo conocimiento oscuro de Dios y un poco de amor pueden endulzar todos estos dolores, hacerlos deliciosos, y la visión clara no podrá hacernos felices en su lugar donde estarán eliminados todos los males de esta vida, porque no gozaremos de ciertos placeres?

Jesucristo que no se ha dignado aceptar todas las grandezas, todas las delicias de la tierra, aunque se le ofrecían gratuitamente, ha estimado en tanto las del cielo que no ha dudado en sufrir la muerte para llegar a ellas.

La tierra es el exilio o más bien el patíbulo en el que los santos sufren; el cielo es su patria y su morada de placer, la tierra un lugar de prueba que Dios ha hecho de tal manera que los hombres no pudieran apegarse a ella.

Si ha hecho el infierno tan terrible para un solo pecado mortal, a pesar de la debilidad humana, él que es más generoso que riguroso, ¿qué no habrá hecho para los hombres que hayan vivido cien años en los rigores de la penitencia, a pesar de todas las repugnancias de la naturaleza?

El paraíso es el lugar en donde Dios recompensa a sus sier-

vos; les concede bienes que sobrepasan a todos los de aquí abajo; es donde acaricia, donde gratifica a sus predilectos; hay que perder la esperanza de hacernos una idea de ello.

Nuestra felicidad en esta vida es que pensemos que podemos ser lo que son los santos.

Es fácil imaginarse el placer que hay en amar con ardor a una persona que conoce nuestro amor, cuando esta pasión no está acompañada ni de envidia, ni de temor, como los santos en el paraíso.

Si la esperanza del paraíso ha podido hacer felices a los santos, incluso en los males de esta vida, ¿qué será la posesión misma del paraíso sin mezcla alguna de mal?

Ninguno de los males de esta vida, ninguno de los bienes de esta vida, ninguno de los bienes sensibles, ninguno de los bienes incluso espirituales, como la fe, el temor de Dios, la esperanza; el amor quedará, pero se hará necesario, tranquilo.

Los males de esta vida son tan grandes que los paganos mismos que no esperaban nada en la otra han considerado a la muerte como un gran bien.

¿Qué no se ha hecho para ganar el paraíso, y qué tipo de personas totalmente sensatas?

No hay un momento de calma en esta vida, no se sabe si es la tristeza o la alegría, la pobreza o las riquezas, el placer o el dolor lo que más nos perturban; las riquezas y la pobreza causan poco más o menos los mismos movimientos de deseos inquietos y desordenados. La gloria nos aturde, la confusión nos agota, el placer relaja nuestras fuerzas y nos aboca a los dolores. Ante este panorama, los paganos consideraron la muerte como un bien.

Inmortalidad gloriosa, ¿cuándo podremos poseerte? ¿Debemos llorar o triunfar en el recuerdo de tus delicias y de tus grandezas? ¿Debemos gemir viéndonos tan lejos de ti como la tierra lo está del cielo? ¿O debemos más bien regocijarnos viéndonos tan cerca de ti como lo estamos del término de nuestro exilio?

Dios podía habernos hecho nacer en el paraíso, llevarnos de golpe a él, si deseara con tanta fuerza hacernos partícipes. Lo podía, pero ha querido que tuviéramos el placer y la gloria

de haberlo merecido. ¿Es posible que hombres que sufren tan grandes trabajos, para tener tan pequeños bienes, corran el peligro de perder el máximo de todos los bienes, si les deja a su libertad el adquirirlos o el descuidarlos? ¿No es suficiente que se os los ofrezcan, querrías ser forzados a recibirlos? Si pusiéramos la mirada en el cielo cada vez que se presenta una criatura para tentarnos, no sucumbiríamos jamás, pero, en lugar de contemplar al mismo tiempo el mundo y el cielo, ponemos el mundo entre nosotros y el cielo, a fin de no ver más que el mundo.

El paraíso es el lugar donde Dios recompensa a los santos, es donde los trata como a sus favoritos. Hay una gran diferencia entre la conducta de un príncipe que quiere recompensar y la de un rey que quiere favorecer; de un rey que quiere hacer ver que es justo y un rey que quiere hacer ver que ama. Por mérito a duras penas se llega, después de muchos sudores, de una fortuna humilde a una fortuna mediocre, de un cargo a otro un poco más elevado; pero el favor no va tan lentamente: prodiga los bienes, no guarda ninguna medida en sus generosidades, lo hace todo de golpe y no ahorra nada.

CAPITULO II

Los elegidos

El sujeto de nuestro temor no debe ser el número de los elegidos, sino los pecados que nos impiden estar en ese número. No seréis condenados, porque hayáis sido probados, sino porque hayáis vivido mal; así apenas se ven personas que se escandalicen de la predestinación más que aquellos que para justificar los crímenes que no quieren abandonar, buscan una excusa para disfrazar su impenitencia.

Te asustas cuando algunos te dicen que en su opinión, de cien mil apenas se salvará uno; ¿qué te importa, con tal de que seas tú?; y si de ese número todos se salvaran con excepción de uno solo, ¿qué desolación sería para ti, si debieras ser ese desgraciado? Si hay más, mayor esperanza tengo en ser uno de

ellos. Te equivocas, estaría bueno, si, para aumentar el número, después de haber admitido a los buenos, se recibiera todavía a alguno malo, o si, para hacer ese número más pequeño, se excluyeran a algunos de los buenos; pero por pequeño que sea el número de los que se salven, los buenos no serán jamás excluidos de él; por grande que sea, los malos no estarán en él jamás. Si eres bueno, aunque por cien mil condenados no hubiera más que uno salvado, ése serás tú. Si eres malo, aunque por cien mil salvados no hubiera más que un condenado, ése serás tú.

Es una conclusión muy errónea que si Dios no te ha predestinado, no te salvarás; o bien, si esta conclusión es buena, ésta otra también lo es: No eres un buen cristiano y no quieres llegar a serlo, por tanto no eres un predestinado, porque el decreto de la predestinación engloba el de la santificación. Pero si soy un predestinado, me haré un hombre de bien, a pesar de lo que sea; esto es una herejía; por el mismo decreto por el que Dios ha determinado tu santificación, ha determinado que sería voluntaria, que por tu propio movimiento, asistido con la ayuda de la gracia, te apartarías de tus malas costumbres; y de este modo es tan imposible que te hagas bueno, si no lo quieres, si no aplicas voluntariamente tu espíritu y tu corazón en conseguirlo, como es imposible que te salves, si no estás predestinado. Si estoy predestinado, me salvaré: esto es verdad; pero no es menos verdad que, si estás predestinado, harás penitencia, cambiarás de vida, vivirás como Jesucristo ha vivido; no lo haces y no piensas hacerlo: teme por tu salvación. ¿No es, en efecto, un extraño desorden que muchos hagan lo que es necesario para ser condenados, y tan pocos hagan lo que es necesario que todos los salvados vayan por la vía estrecha que es el camino del paraíso, sólo la penitencia conduce a él, y la vida austera; los inocentes y los pecadores no tienen otro camino que tomar. Hoy incluso los que quieren ser devotos quieren tener todas sus comodidades; nadie quiere esta vida dura e incómoda y, aunque no se hable más que de moral estrecha, no se sigue, ni siquiera los que más hablan de ella.

Para asegurar la salvación es necesario vivir en el estado en el que querríamos morir, en el estado en que es necesario mo-

rir para ser salvado. ¿Y cuántos hallaréis que estén algún día del año en estado de gracia? ¿Qué se puede prometer para el cielo de gentes que viven de tal manera? Cuentan mucho con lo que tienen intención de hacer en la hora de la muerte. Se confiesan mejor, quiero creerlo, pero ¡cuántos ni siquiera se confiesan en absoluto!, aparte de que la perspectiva de la muerte no añade nada a las disposiciones naturales, más que la inquietud, el terror, un temor completamente natural. La prueba, cuando se recuperan de este estado, vuelven a vivir exactamente igual que antes.

Por mucho que se diga que hay tanta gente virtuosa en el mundo, que hay tantos buenos; hay que creerlo; porque a fin de cuentas cada uno debe creer a su prójimo mejor que a si mismo, sin embargo en verdad el número es más pequeño de lo que se cree: tanto amor propio, tanta hipocresía –pero yo soy quizá uno de éstos: eres tú quien tienes que examinarte y corregirte–. Pero Dios puede rehusarme la gracia de la perseverancia; sí, si no se la pides, es decir que, cuando se la concede a quienes se la piden, les da una gracia que ellos no han merecido; pero no hay que decir que se la rehuse por ello: Pero puede hacerlo, y ¿quién lo duda? El también te puede aniquilar. Un buen padre puede desheredar a su hijo que nunca le ha faltado al respeto; pero es bien seguro que no lo hará jamás.

Hay que temer y temer siempre, pero con ese temor que produce sabiduría, no con el que lleva a la relajación y a la desesperanza. Es difícil mantener el espíritu de los hombres en un temperamento justo, o no temen bastante, o temen desproporcionadamente; llegan hasta el punto de la extravagancia, creyendo que su desgracia viene de Dios, que es la fuente de todos sus bienes, que desea su salvación; todo lo que ha hecho no puede todavía persuadirlos de que no desea nada tanto como salvarlos. Es sin embargo un artículo de fe que Dios quiere salvarnos a todos y que nosotros podemos todos salvarnos si lo queremos. Vemos la puerta del cielo y, si no la vemos, Dios sería poco razonable de pedirnos que entremos en ella; vemos además muy bien lo que entra por esta puerta, y lo que hay que hacer para entrar; ¿a quién se debe que no entremos en ella, a Dios o a nosotros?

CAPITULO III

La misericordia de Dios hacia los pecadores

Es extraño que los hombres y los cristianos tengan el espíritu tan mal dirigido que el conocimiento de la misericordia de Dios les lleve a ofenderlo, hasta el punto que algunos consideran que es un asunto del que no se debe escribir ni hablar, por miedo a mantener a los pecadores en la impenitencia. Sin embargo es el más glorioso de sus atributos. *Miserationes ejus super omnia opera ejus.*

La misericordia y la dulzura de la conducta de Dios se muestran maravillosamente en la manera como suaviza al hermano mayor del hijo pródigo; deja la compañía, sale de la habitación, escucha sus reproches, y, en lugar, de tratarlo con dureza, quiere darle la razón de su conducta, y lo halaga: *Tu semper mecum es, et omnia mea tua sunt.* Así es como se comportó con Jonás, que se quejaba de que Dios perdonaba a Nínive, y lo convenció por sus propios sentimientos; pero que los pecadores no tomen de ahí una falsa confianza para perseverar en sus crímenes; porque desde el momento que abusan de su misericordia, la ofenden, la irritan contra ellos, desde ese momento se convierte en su acusadora: la misericordia no salva a aquellos para quien es un motivo de condenación. ¿De qué sirve la misericordia de Dios? Para inspirar al pecador el deseo de volver; porque éste es un efecto de la misericordia de Dios; pero es una gran marca que no hay ya misericordia para un hombre, cuando se sirve de ella como razón para no convertirse.

Spes non confundit: ¿pero cuál es la esperanza en un pecador? Es la confianza de un hombre que se arrepiente y que espera que Dios tendrá consideración de su arrepentimiento, la confianza de un hombre que hace penitencia, porque espera; pero la esperanza de un hombre que peca, porque espera, no vale más que la desesperanza; es una falsa esperanza, es una esperanza que confunde. Yo espero porque Dios me ha prometido, y tú debes esperar por la misma razón, porque te ha asegurado que responderá: *Nescio vos.*

Existimasti inique quod ero tui similus; arguam te. ¿Por qué te tomas la libertad de hablar de mis mandamientos y de promesas que no he hecho más que a mis siervos? Alabas mi misericordia y te apoyas sobre la alianza que he hecho con los hombres haciéndome hombre como ellos; tienes esperanza en la sangre por lo que esta alianza ha sido confirmada, y en la palabra que he dado de recibir en mi gracia a todos los que recurran a mi clemencia, y sin embargo perseveras en tus crímenes... *Existimasti quod ero tui similus.* ¿Crees pues que yo soy semejante a ti, y que autorizo el crimen por la impunidad que le prometo? ¿No sería esto invitar a los hombres a pecar y mantenerlos en el desorden? ¿Qué sabiduría sería la de Dios si, mientras amenaza con una eternidad de castigos a los que lo ofendan, les prometiese por otra parte la impunidad y el olvido de todos los crímenes que pudieran cometer?

La misericordia de Dios debe impediros caer en la desesperación, pero os tengo como desesperados, si os sirve de ocasión para caer en la impenitencia. Si no os equivocáis, Dios habría arreglado muy mal las cosas y habría dado ocasión a los hombres que sufren de vuestros desórdenes, de blasfemar su santo nombre de condenar su providencia. No veo gentes más desesperadas que quienes esperan de esta manera. La misericordia de Dios nos salvará, ¿cómo? Llevándonos a amar a Dios, y a pedirle perdón; pero es del todo seguro que nos condenará si nos lleva a ofenderlo. Por ello la Encarnación, que es la obra maestra de la misericordia, el exceso, si cabe decirlo, de la clemencia, ha perdido a muchos que han entendido mal la gracia que Dios ha concedido a los hombres muriendo por ellos; han creído que podían pecar impunemente, y sin embargo Dios ha muerto para impedirnos caer y, después de haber caído, impedirnos caer en un pecado más grande desesperando de su bondad; pero no ha muerto para comprarnos la libertad de pecar; ha muerto para la salvación de muchos a los que la misericordia invita a la penitencia, pero ha muerto para la perdición de muchos y son aquellos que toman la libertad de hacer todo a la vista de sus méritos.

La clemencia de la que Augusto hizo uso hacia Cinna ahogó en el corazón de todos los Romanos el resto de odio que el

amor a la libertad mantenía contra el príncipe que los había sojuzgado. No se volvió a conjurar contra su vida, y esta facilidad en olvidar las injurias de esta importancia, bien lejos de hacer más valientes a los que habían formado planes sobre su persona, les hizo caer contra él. *Misericordia ejus super omnia opera ejus.* La misericordia de Dios es lo más grande que hay, lo más capaz de conmovernos, de llevarnos a la penitencia; si ella no hace nada, estás sin esperanza.

¡Qué misericordia! lo ofendo y, sin otra reparación que el dolor de haberlo hecho, me perdona; vuelvo a caer, y me perdona de nuevo; lo ofendo todos los días, y no me rechaza, su paciencia no se agota por tan frecuentes caídas. Si todos los días me pierdo y vuelvo todos los días de buena fe, me recibe con alegría, me perdona con placer, olvida mi maldad, me devuelve todos mis bienes espirituales, con un acrecentamiento de gracias y de méritos; no tiene menos prisa de devolverme al primer estado después de cien infidelidades que la tuvo después de la primera caída; tantas pruebas de mi ligereza no le impiden perdonarme con mi palabra, aunque mil veces le haya traicionado con mi inconstancia, aunque prevea que desde mañana, o quizá hoy mismo, olvidaré sus bondades y mis resoluciones. ¡Oh misericordia verdaderamente infinita! ¡Ay de aquellos que desconfían de Vos, sea cual sea el estado en que se hallan reducidos por su maldad! ¡Ay de aquellos que conociendo cuán excesiva sois, en primer lugar no recurrirán a Vos, dejarán para más adelante el arrojarse a vuestros brazos y preferirán ser objetos de la venganza y la cólera divina antes que recibir el perdón de sus ofensas! ¡Pero desgracia, y doble desgracia, y todo tipo de desgracias a quienes el conocimiento de vuestra misericordia lleve a ofenderos, Dios mío, y que se decidan a ofenderos, porque sois bueno!

Santa Teresa no tuvo otro tema de meditación en toda su vida que las misericordias de Dios. Por eso se ven muchas de sus imágenes con esta frase: *Misericordias Domini in aeternum cantabo.*

¡Qué bondad! Jesucristo no se contenta con dar a los hombres el poder de juzgar y de absolver a los hombres, sino que permite que Pedro reniegue de él, a fin de que sea más indul-

gente. Dios se conmueve por nuestros desórdenes en lugar de irritarse, corre detrás del pecador en lugar de apartarse de él, y lo trata con miramiento por miedo a producirle confusión. Cuando lo ha traído de vuelta, hace que su pecado le sea útil en lugar de castigarlo. Se diría que pierde en nuestra extravío, y que gana en nuestra vuelta. Les hace más bien que antes, y de ahí viene que, según la observación de san Gregorio, los penitentes son de ordinario más fervorosos que los que no han pecado.

CAPITULO IV

La muerte

Es un error cuando se dice que la muerte es siempre parecida a la vida; es, por el contrario, siempre diferente de la vida: es cruel, cuando sigue a una vida deliciosa; es dulce, cuando pone fin a una vida amarga y alejada de las dulzuras que se pueden gustar en esta tierra, porque no puede estar de acuerdo con nuestros placeres que ella trastorna y hace muy imperfectos.

El pensamiento de la muerte cambia la fortuna del hombre que despoja por el desprecio de las riquezas al que ella le conduce; cambia la persona del hombre a la que desfigura, por así decirlo, por amor a la penitencia que ella le inspira; lo cambia en los sentimientos, que ella corrige por el verdadero conocimiento que le da de todas las cosas. La muerte cambia todas las cosas y nada cambia después de la muerte. Las cosas que parecen más inmutables, la fortuna mejor establecida, el cuerpo más sano y la belleza más joven, los espíritus más obstinados en sus sentimientos, todo esto cambia con la muerte. Las cosas más cambiantes, como nuestra voluntad, que puede a cada momento tomar nuevas resoluciones y pasar del pecado a la gracia; la de Dios, que se deja doblegar por un suspiro y por una lágrima, los bienes y los males que naturalmente son cambiantes y se suceden los unos a los otros, todo eso no cambia ya después de la muerte.

El pensamiento de la muerte es muy necesario porque lleva a hacer lo que se querrá indudablemente haber hecho en el momento de la muerte, lo que habrá que hacer necesariamente en el momento de la muerte, lo que no se podrá quizá hacer en el momento de la muerte, o al menos no se podrá hacer bien, lo que no se hace en el momento de la muerte más que con esfuerzo, lo que no se hace entonces más que a la fuerza.

Nada produce tanta pena en el momento de la muerte como el mal uso de la vida; por eso se ve a tanta gente desear en ese momento haber sido pobres, haber sido religiosos; porque creen que en ese estado habrían trabajado por el cielo; achacan a su estado lo que no deben imputar más que a su negligencia. Es en efecto, una pena insoportable ver que se ha perdido un tiempo que no volverá más. Para adelantarnos a esta pena, piensa a menudo en la muerte, pasa cada día como querrías haberlo pasado en el momento de la muerte. Buena excusa la de los que no quieren pensar en la muerte, porque este pensamiento es demasiado triste; es justamente como si uno no quisiera pensar en defenderse de la pobreza, de la enfermedad, de las confusiones que nos amenazan, porque estos males son los mayores males de la vida.

Todos los hombres están tan persuadidos de la incertidumbre de la muerte que no querrían arriesgar una parte de sus bienes a la esperanza de una larga vida, hasta tal punto creen esta esperanza mal fundada. Un hombre a quien se le presenta una gabela importante que no podrá hacer pasar a sus hijos, por joven que sea, le presta poca atención: ¿por qué? Porque, dice, puede morir al día siguiente y su dinero se perdería. Si se muere en el año, sin haber dado una cierta suma al príncipe, se perderá la gabela; desde el comienzo del año se lleva el impuesto, pero ¿por qué todos los años? Es porque puedo morir todos los años. Pero ¿por qué desde el principio, y no en tres meses? Es porque no estoy seguro de vivir tanto tiempo. Pero tú te encuentras bien. Es cierto, pero ¡cuántos accidentes imprevistos todos los días! Si el rey quita por tres meses el poder de legar su gabela, todos los oficiales están en un temor perpetuo. Estos son los sentimientos que te condenan, pecador, y por los que se te hará el proceso. ¿Qué tienes que responder?

Al mismo tiempo que el pensamiento de la muerte te impide arriesgar una parte de tu bien, no puede impedirte arriesgar tu salvación eterna. Si pago hoy y llego a morir, mi oficio está perdido; y si no te confiesas hoy y llegas a morir, ¿qué será de tu alma y de tu salvación eterna?

Es importante morir bien, porque se trata de todo y para siempre; se trata de todos tus méritos pasados, se trata de tu alma y de tu cuerpo; porque tu muerte será la regla de tu juicio particular y universal; se trata de procurar toda suerte de bienes a tu alma y a tu cuerpo y de evitarles el infierno. Si mueres mal, aunque hubieras vivido bien, todo está perdido y para siempre.

Cuando hay que combatir con un enemigo muy adiestrado, experimentado, acostumbrado a vencer, uno no se fia de sus fuerzas, uno teme. Si fuere tan fácil morir bien, todos los santos se hubieran equivocado, ya que, por así decirlo, se martirizaron toda su vida para prepararse a una buena muerte.

Es imposible corregir una mala muerte, cuando esa desgracia ha llegado, porque uno no muere dos veces. Así el Faraón, cuando perseguía a los Israelitas, entró sin ningún obstáculo en el mar, por donde el pueblo de Dios se había zafado de su furor. Había avanzado por este camino, cuando la nube que cubría a Israel se abre de golpe, y con un ruido espantoso lanza mil rayos, mil centellas contra este rey impío, que reconoce demasiado tarde que había caído entre las manos de Dios; quiere volver el rostro y volver sobre sus pies, pero el mar le ha cerrado el paso, ya no hay medio de corregir su paso en falso, y allí perece.

Es poca cosa que los cristianos no se conmuevan por los discursos que se hacen tan a menudo sobre la muerte; es aún más sorprendente que no se conmuevan ante la vista de la propia muerte; ven todos los días una imagen de lo que deberán ser en pocos días sobre el rostro de sus hermanos agonizantes; se acuestan en la sábana donde deberán ser amortajados; duermen en la cama en donde deberán expirar, van todos los días a la iglesia a donde deberán llevarlos algún dia, caminan sobre la tierra en la que deberán pudrirse y ser reducidos a polvo; oyen tocar la misma campana que deberá avisar de su

muerte; y sin embargo, ¡oh dureza! ¡oh insensibilidad de los hombres! ¡no dejan de reír, de divertirse! Es poca cosa pecar, ofender a ese mismo Dios, que mantiene sus vidas en sus manos. ¡Dios mío, qué sabio sois de haber sometido al hombre a esta dura e inviolable ley, de haberlo condenado a la muerte y a todas las circunstancias que acompañan esta espantosa separación! ¿Qué haríamos si no estuviéramos retenidos por este dique impenetrable donde deben romperse todos nuestros proyectos?

Cuando uno se entrega a Dios, la perspectiva de cincuenta o sesenta años de mortificación asusta, pero a la muerte esta misma visión colma de alegría; por el contrario, ¡qué alegría cuando se entra en el mundo tomando posesión de una gran hacienda por un matrimonio ventajoso; uno cree que pasará toda la vida en medio del honor y de los placeres! Pero a la hora de la muerte, ¿qué lugar hay que esperar en el paraíso que no está prometido más que a los pobres de espíritu y a quienes han vivido en medio de los desprecios y de los sufrimientos?

¿A qué se debe que teniendo sin cesar la muerte ante nuestros ojos pensemos en ella tan poco? Es porque alejamos de nosotros este pensamiento lo más que podemos. Sin embargo hacia ella vamos, cada paso nos conduce hasta ella; cuando vas al baile, cada uno de los pasos te aproximan a ella; puedes jugar, bailar, correr, en cualquier caso a la muerte te diriges. ¿Se ha visto alguna vez a alguien en camino sin pensar a dónde va?

El pecado ha introducido la muerte, es decir es un castigo; y como en los crímenes de lesa majestad no basta con confiscar los bienes, y degradar a las personas, sino que hay que destruir las casas, del mismo modo el cuerpo que es nuestra casa en la tierra debe ser destruido. Moisés no se contentó con hacer fundir el becerro de oro y quitarle la forma bajo la cual había sido adorado; lo hizo reducir a polvo y no creyó haber expiado suficientemente el crimen de su pueblo hasta que no deshizo este ídolo hasta sus primeros principios. Es la pena que Dios ha establecido para el pecado. No es suficiente que tu cuerpo esté privado de esta belleza de la que has sido idóla-

tra, que la edad te robe esos frágiles encantos que han atraído a tantos adoradores, que la vejez consuma esta salud de la que has abusado; es necesario que la muerte reduzca este cuerpo a los primeros elementos de los que está compuesto, al barro y al polvo.

Se criticaría a un hombre que, viendo a su amigo en el final, quisiera hablarle de un asunto de importancia. ¡Eh! señor, dirían los asistentes, no se encuentra en condiciones de oír hablar de eso; y si insistierais, pasarías por un indiscreto. Sin embargo se deja para ese momento el más importante de todos los asuntos, se espera hasta ese último momento para oír a un confesor hablarnos de la salvación.

A la muerte, el impío desea todo lo que le es absolutamente imposible, como el haber vivido de otra manera distinta de como ha vivido, aplazar el tiempo de su muerte; desea morir para librarse de los dolores que sufre, querría no morir para evitar los que le esperan. Imagináos un hombre cuya casa está ardiendo y que por fuera está asediado por sus enemigos.

En este momento culmen el impío ama todo lo que ha odiado, odia todo lo que ha amado, pero sobre todo odia sus amores y sus odios; tiene tanta pena que encuentra amable todo lo que ha odiado, fácil todo lo que le ha parecido imposible, y no puede concebir que tan pequeños obstáculos lo hayan detenido, impurezas lo cubren de confusión, cuando piensa que hay que ir a desplegar ante Dios toda su vergüenza; sus violencias y sus crueldades lo desgarran; sus venganzas lo llenan de amargura, sus injusticias lo condenan; sus impiedades, sus blasfemias, los desprecios que ha hecho de Dios lo agotan, lo aniquilan, lo sumergen en una horrible consternación.

La muerte del impío es terrible por la visión de los placeres pasados y de los tormentos venideros; es atormentado por todo lo que ha gozado de los placeres; ve que su paraíso ha terminado; está desesperado de que haya sido tan corto, que se haya sentido tan poco. Está agobiado por todo lo que ve de los tormentos que va a sufrir; le desagrada morir, porque su alma atada a las riquezas y a la tierra es como un viejo árbol que se mantiene por mil raíces que hay que cortar; estas ataduras no

podrían seguirle, hay que separarlas y que queden en la tierra; es semejante al cordero de Abraham cercado de espinas que lo rodean, que le pican, que lo cubren de sangre, que lo desgarran hasta que se quiere tirar de él para sacrificarlo y quemarlo a continuación.

Todo lo más terrible que un impío ha oído siempre hablar sobre el juicio, sobre la cólera de Dios, sobre el infierno, sobre la eternidad, todo eso vuelve a la hora de la muerte a su espíritu y lo golpea de un modo terrible, aunque antes se hubiera burlado de ello; es sorprendente cómo este hombre que dudaba, que vacilaba, está persuadido de las verdades que jamás quiso creer bien. En efecto, ¿qué debe pensarse de un hombre que está seguro de su desgracia eterna? Ningún remedio mejor contra la amargura de la muerte que la meditación de esta misma amargura; uno no toma apego de buen grado cuando se reflexiona en el castigo que se siente en la muerte de abandonar las cosas a las que uno está apegado.

La muerte del justo es agradable por la visión de los males pasados y los bienes por venir; hay que comprarse esta muerte al precio que sea, hay que entregarlo todo para obtener esta preciosa muerte. Todos los escrúpulos, todos los temores se cambian en ese momento en dulzura, en paz, en una cierta seguridad de que Dios opera.

Aunque la muerte sea la pena del pecado, no deja de rodear a los buenos, pero no les es una pena, o al menos está tan suavizada que la desean, que en ella gozan de una gran alegría. Jesucristo, por la redención, ha quitado la muerte del alma, y para la muerte del cuerpo, que era la segunda pena del pecado, le ha quitado lo que tenía de penoso.

Nuestro cuerpo, desde que el pecado habita en él, debe sernos como una casa mal construida y cuyos cimientos están ruinosos: no hay que molestarse en hacer la menor reparación en ella, se deja derruir poco a poco, hasta que estando enteramente destruida sea reconstruida desde los cimientos y se corrijan en ella todos los defectos.

El hombre de bien, según san Juan Climaco, es aquél que nada teme la muerte, y el santo es el que la desea. Una persona de gran santidad, al final de su vida, decía que nada podía

contentarlo más que esta única palabra: la muerte. Sin embargo, estoy, decía, dispuesto a vivir tanto como Dios quiera; porque no estando ya en las persecuciones de la Iglesia, es necesario ahora sacrificarse a la vida, como los mártires se sacrificaban a la muerte.

CAPITULO V

El infierno

La eternidad es como un globo, que siendo aplicado sobre el estómago de un desgraciado le hace sentir todo su peso, aunque no lo toque más que por un punto; está agobiado bajo el punto de la eternidad, sufre toda la eternidad. La eternidad bienaventurada: *est interminabilis vitae tota et perfecta possessio.* La eternidad desgraciada es, en consecuencia, un estado en el que todas las diferencias del tiempo concurren y se reúnen como en un punto para hacer a un espíritu desgraciado.

¡Qué dolor para un alma condenada cuando de este abismo de la eternidad, después de haber ardido cien mil millones de años, eche los ojos sobre esta pequeña porción de tiempo que a duras penas hallará al final de este número infinito de siglos que habrán pasado desde su muerte! La vida no parece más que un momento, aunque vista desde muy cerca; nos parece a nosotros que todavía gozamos de ella, que todo lo que ha pasado no es más que un momento. Cuando uno está en el momento de la muerte, por larga que haya sido, apenas puede uno persuadirse de que ha habido algún intervalo entre el día de nuestro nacimiento y éste al que finalmente hemos llegado; buscamos esta vida que ha pasado como un sueño y de la que apenas queda algún recuerdo en nuestra memoria. ¿Qué será cuando hayan pasado millares de años desde nuestra muerte; cuando vuestros hijos y los hijos de vuestros hijos hayan sido ya enterrados; cuando vuestra estirpe se haya perdido; cuando el tiempo haya arruinado las casas que hayáis elevado, destruido las ciudades que os dieron nacimiento, deshecho los Estados donde hayáis vivido; cuando el fin de los siglos haya sepul-

tado todo el universo en sus propias cenizas; cuando las puertas del cielo, así como las del infierno, hayan sido cerradas, para no volver jamás a ser abiertas, y cuando desde ese tiempo hayan pasado ya cien mil años, cien mil millones de años? ¿Qué pensáis de esto? ¿Qué os parecerá esta vida? ¿Consideraréis entonces que vale la pena perder la eternidad para gozar de los placeres y los honores que la acompañan?

¿Qué? ¡Para gozar durante este momento de la vida de algunos efímeros placeres! ¿Qué? ¡Para pasar en no se sabe qué honor este átomo de tiempo, del que apenas me queda la idea, que busco casi inútilmente en medio de esta duración espantosa, que lo ha precedido o seguido, me he sumergido en estas tinieblas, en estas llamas eternas! ¿En qué se han convertido estos fantasmas de gloria, de grandeza, de reputación, de inmortalidad que entonces me daban tan grandes preocupaciones, que me absorbían, que me hacían olvidar la eternidad? ¿En qué se han convertido estas personas a las que he amado, esas otras de las que he formado falsos juicios, los discursos y el poder? ¡oh Dios, qué ceguera, qué locura! ¡Oh Dios! ¡Si hubiera querido aprovechar bien ese momento, si hubiera hecho lo que podía hacer, y lo que actualmente me es imposible y lo que me será eternamente imposible, en ese momento que es el único del que pude disponer y que no volverá jamás; en ese momento que pasé jugando, bailando, riendo, durmiendo, no haciendo nada; en ese momento he tenido toda mi fortuna en las manos, he sido el amo, el árbitro de mi felicidad, he tenido la llave del paraíso en mi poder, he tenido durante treinta o cuarenta años la libertad de escoger en el paraíso, en la eternidad bienaventurada el lugar más rico, el más elevado; me han ofrecido colocarme entre los apóstoles, o entre las vírgenes, y he rechazado hacerlo, y ni siquiera me he dignado a pensar en las ofertas que se me hacían! ¡Dios mío! ¿Era yo cristiano, era razonable, era hombre? ¿Quién me había trastornado el espíritu, quién me había embrujado de esa manera? ¡Oh! ¡Momento, momento precioso! ¿no volverás más, y es preciso que te haya perdido para siempre?

Está ya perdido para muchos millones de cristianos; ¡Ay! incluso una parte está perdida para vosotros; tened cuidado de